



PERIODICO SEMANAL LITERARIO

Redacción y Administración: San Cristóbal, 12; Sueca.

(NO SE DEVUELVEN LOS ORIGINALES AUNQUE NO SE INSERTEN)

Número suelto <b>10 céntimos</b>	<p><b>PRECIO DE SUSCRIPCIÓN:</b>          En Sueca, 75 céntimos trimestre.          Fuera, 85 " " "</p> <p><b>PAGO ADELANTADO</b></p>	Número atrasado <b>15 céntimos</b>
-------------------------------------	---	---------------------------------------

Desde Valencia

## Carta abierta

Mi estimado Director: He leído en el número último del semanario, el hermoso artículo que debido á la autorizada pluma del Dr. D. Daniel Cabedo figura como materia de fondo. En verdad merece el tal artículo el honor de preferencia, pues su asunto, su brillante forma y su intenso interés para nuestra riqueza agrícola así lo exigen.

Desgraciadamente, la lección ha sido dura y cruel, como dice muy bien el articulista, pero veo que á pesar de la crueldad de esta lección, los agricultores suecanos se aprestan muy poco á su defensa. Indica la conveniencia de asistir á la «Exposición internacional del cultivo del arroz y de irrigación» que se celebra en Vercelli (Italia) en estos días, y aduce sólidos argumentos

para llevar al ánimo de los agricultores suecanos la convicción de lo beneficiosa que resultaría para todos esta visita.

Pero hay más: Los cónsules españoles, por R. O. de 26 de Enero de 1877, tienen la obligación de suministrar á los comerciantes y agricultores de su país cuantos antecedentes éstos les pidan respecto al comercio, agricultura é industria existente en la nación en donde estuvieren destinados. Pues bien; todavía no han llegado á mis oídos noticia alguna, de que ningún agricultor suecano haya pedido á nuestros cónsules en aquellas naciones en donde se cultiva el arroz, dato ni antecedente alguno que le lleve al conocimiento de como se cultiva en el extranjero nuestra preciada gramínea.

Hay que reconocer, aunque cuando sea doloroso el confesarlo, que los agricultores suecanos son muy apáticos, que no se preocupan más que en particular de aquellos intereses que son comunes; que teniendo au-

toridades dignísimas y de reconocida influencia, no les piden nada, y cuanto estas hacen es por su propia y exclusiva iniciativa.

Es necesario, y no me cansaré de repetirlo, que para que llegue á los agricultores el bien particular es indispensable que todos, absolutamente todos, nos aprestemos á la lucha; vayamos con una alteza de miras sublime á la conquista de nuestra riqueza agrícola, porque de lo contrario, creo inminente, segura, nuestra fatal ruína... y si á pesar de nuestros trabajos, de nuestros desvelos, esta catástrofe llega... entonces, ya podremos dar la culpa á los gobernantes, pero mientras no trabajemos con amor y entusiasmo, no tenemos derecho á culpar á nadie, pues que los verdaderos verdugos de nuestra riqueza agrícola, somos nosotros.

FRANCISCO DE A. BELTRÁN.

Valencia 15-10-12.

DE LITERATURA

HUMORADA

Yo nunca lo he pensado y hoy la experiencia me lo va diciendo: «Que nada lograrás si eres honrado y mucho alcanzarás si vas mintiendo».

Si yo fuera tan solo Dios un día, al ver tanta maldad.... ¡no sé que haría!

Cuando unos labios dicen que nos quieren y unos ojos nos miran atrevidos, diremos que el amor nos pone cerco pero no que en el alma nos ha herido.

No seas mentecato y escucha mi consejo, que te lo dá la práctica de un viejo: «Hazte antes sacristán que literato».

No hables de amor, mujer encantadora, porque un hombre á mis años marcha ya por la senda, sin demora, donde se ven tan solo desengaños.

JOSÉ VECINA LÓPEZ.

❖ FASES ❖  
DE UN RECUERDO

(CONCLUSIÓN)

Mutación.

CUADRO SEGUNDO

Una cómoda, unas sillas de madera, algunos cuadros representando asuntos religiosos, un reclinatorio cubierto con un paño negro y sobre el mismo un crucifijo iluminado por una lámpara de metal, componen el mobiliario de esta habitación. Al correrse el telón, aparece Bernat Baldoví sentado, mejor dicho, hundido en un sillón de gutta-percha, con las manos cruzadas sobre el bajo-ventre y cerca del hueco de uno de los balcones por donde entra la luz del sol. Reanímase el semblante amortiguado del poeta tomando cierta expresión de viveza á la vista de Pérez Escrig.

ESCENA V.

PÉREZ ESCRIG, ENTRANDO, Y BERNAT BALDOVÍ.

PÉREZ. Saludo al cisne del Júcar.

BERNAT. Tanta bondad, tal cariño, de pagarlos no sé el modo sino diciendo al amigo:

¡a mis brazos, buen Enrique!

PÉREZ. Y así á tus brazos me rindo. ¿Cuál te encuentras?

(Se abrazan algunos segundos.)

BERNAT. Ya lo vés.

Pobre y errante mendigo ser ahora bien quisiera más que *inamovible* rico.

PÉREZ. Resignación....

BERNAT. Ya la tengo como siempre la he tenido en los trances de mi vida.

PÉREZ. Lo sé.

BERNAT. Por nada me aflijo más que el no estar con vosotros, teniendo el mundo en olvido, respirando el puro ambiente, cual tantas veces lo hicimos, del sacro templo de Delfos mansión de Apolo divino, y anegarse con las aguas del manantial cristalino de Castalia en el Parnaso, en las vertientes del Pindo.

PÉREZ. Día feliz el de ayer.

BERNAT. Mas el de hoy no es lo mismo. Desde el balcón á la cama

me pasan con cierto mimo,  
y desde aquella al balcón,  
en hora que el sol benigno  
sus calidades reparte  
desde el cenit al abismo;  
de ese sol, que indiferente  
casi siempre nos ha sido;  
de ese sol cuyas virtudes,  
sanos, jamás hemos visto,  
y enfermos bien le buscamos,  
y aquí tienes un testigo.  
¡Quién atrás volver pudiera!...  
¡Y quién el tiempo perdido  
en burlas y devaneos  
y otros necios desatinos,  
recuperar por su dicha  
hoy le fuera permitido!...

PÉREZ. No hay, Pépe, que atormentarse  
pues tú no tienes motivo,  
y deja eso para quienes  
hacen del mundo un ovillo  
en que envuelven conveniencias  
de sus propios egoísmos.

BERNAT. Sólo un pesar me consume,  
por él tan solo me affijo:  
El haber tomado á risa  
con resultados efimeros,  
y marcar con nota cómica  
en enojosos escritos,  
la ruindad de los hombres,  
sus miserias y delirios,  
en vez de empuñar el latigo  
sériamente y sus crugidos  
repetir sobre los rostros  
de muchos seres inicuos.  
Pero así no lo hice  
y es por lo que hoy me indigno.

PÉREZ. Corregir en serio ó broma  
es igual, y en ello insisto.  
Pero dejemos á un lado  
estos pensares distintos  
y discurrámos el modo  
que á Madrid vuelvas conmigo.

BERNAT. ¡Qué más bien quisiera yo!...  
¡Si moverme no he podido  
por mi propia iniciativa  
en cuatro meses cumplidos!...  
¿Tú ves cómo estoy ahora?...  
Parece un sueño y lo digo:  
en ese lapso de tiempo  
ni una hora así me he visto.  
La somnolencia es mi estado,  
de ella soy acometido  
y en un letargo me interno  
que es de la muerte vecino...  
Adiós, mi querido Enrique...  
Me siento desfallecido...

PÉREZ. Hay que aceptar con paciencia

los rigores del destino.

BERNAT. ¿Por qué á mi me habrá tocado  
este espantoso castigo?...  
¡Ay!... ¿Por qué, Señor, por qué?...  
Compadeccos, Dios mío!

(*Cae en su postración. Sobresáltase  
Pérez Escrig y al ir á llamar aparece  
Anselmo.*)

### ESCENA ÚLTIMA.

LOS MISMOS Y ANSELMO.

ANS. ¿Llamaban? No hay que alarmarse.  
Es que un síncope ha tenido  
de los que á él acostumbran  
á acometer de improviso.

PÉREZ. Prudente es buscar al médico.

ANS. No es caso de los precisos.  
Cuando á Valencia lleguemos  
ya le verán otros físicos.

PÉREZ. ¿Se le llevan?

ANS. En la plaza  
de San Bartolomé, cinco,  
á los mayores cuidados  
tendrá nuevo domicilio.

BERNAT. (*Medio se incorpora, abre los ojos, re-  
conoce á Pérez Escrig, y exclama:*)

Mi último adiós, Enrique...  
Tus brazos, Escrig querido...

(*Se abrazan.*)

PÉREZ. No debe uno apurarse  
mientras le quede un suspiro  
y halle el alma en la materia  
triste y miserable asilo.

(*Bernat Baldoví asiente, y fijando  
su mirada en Pérez Escrig, cae otra  
vez en su abatimiento.*)

¡Adiós, por ahora, adiós!

¡Hasta luego, vate amigo! (*Vasc.*)

TELÓN.

JUAN B. GRANELL.

## PAULA

Era Paula una rubia de unos veinte años,  
rubia como el oro, hermosa como las flores  
abrilianas y buena como una santa; la melancólica  
tristeza de su semblante daba á leer, que en su pecho solo abrigaba la pena,  
la abnegación y el sacrificio, dejando traslucir  
á través del límpido cristal de sus azules ojos,  
su alma noble, sencilla y generosa.

Era uno de esos seres que nacen para re-  
presentar en el teatro de la vida un drama  
con carácter novelesco, pero real, uno de esos  
dramas, no de pasiones desbordadas, no de

héroes caballerescos, no de juramentos y venganzas ridículas, pero sí de desgracias, de miserias, de lágrimas, en la horrible lucha por la vida.

Todas las mañanas al dar las siete en el reloj de un convento de monjas próximo á su casa, salía de ella y dirigíase á la capilla de la Virgen de los Desamparados, para oír el santo sacrificio de la misa; allí la veía yo postrarse ante la sagrada Imagen, caer á sus piés y cubrir sus grandes ojos de lágrimas... ¡pobre Paula! era tan desgraciada, era tan buena, que al verla en aquella actitud suplicante, me conmovía y lloraba en secreto con ella; aquella pena que ahogaba y torturaba su alma, la sentía yo también aunque ignoraba su causa, aquellos suspiros que cual desahogos del corazón dejaba escapar, los sentía clavarse en mi pecho cual saetas emponzoñadas...

Por fin, un día hizo la casualidad que me enterara de la historia de aquella pobre mujer:

Vivía Paula con su anciana madre, que á la sazón se hallaba enferma, en una buhardilla de una de las calles de las afueras de Valencia, y con su trabajo mantenía su pobre y reducido hogar, aquel hogar en cuyo ambiente solo se respiraba pena y miseria y cuyo pan estaba empapado de sudores y lágrimas.

Mas ella, teniendo su espíritu fortalecido por la fe santa de la mujer cristiana, siendo una heroína formada en su resignación, no temía al mundo en sus duras leyes, la cruel y despiadada ley de la vida que le obligaba á trabajar y á desgastar poco á poco su débil cuerpo bajo el peso de sus titánicos esfuerzos, no le importaba, amaba á su madre como buena hija y aquel amor la reanimaba y daba alientos si alguna vez desfallecía y se doblegaba en aquella terrible batalla de crueldades y desengaños.

Dos meses hacia que fué despedida del taller por falta de trabajo, y poco á poco había ido gastando las economías que en tiempo de faena pudo recoger; hasta que un día al abrir la cajita donde las guardaba, vió con espanto que su caudal se había agotado, y ante sus bellos ojos apareció un cuadro horrible: miseria, hambre, desesperación, muerte... ¡un raudal de lágrimas brotó de sus ojos y fué rodando por sus mejillas hasta caer en su blanco pañuelo, un suspiro mezcla de despecho y desesperación hinchó su pecho como si fuera á estallar, y un ¡ay Dios mío! salió de sus trémulos labios indicando la intensidad de su dolor.

¿Dónde hallaría trabajo? ¿Dónde hallaría

el pan con que alimentar á aquel desgraciado ser que le dió la vida?

Miró á su alrededor pasando revista á los muebles de la casa, buscó por todos sus rincones por ver si encontraba un objeto de algún valor para venderlo, pero nada, cuatro sillas rotas, una mesa que el uso había ennegrecido, una cama de hierro en donde estaba la enferma que se mantenía en pié gracias al apoyo de la pared, constituía el mobiliario de ella, y lo demás... trapos, y todo... un montón de miseria... un montón de nada....

La noche empezaba á cubrir con su negro manto el horizonte, negros nubarrones se elevaban majestuosos empujados por el viento, una lluvia de gruesas gotas caía arremolinada y el trueno retumbaba amenazador en ecos de exterminio; el huracán penetrando por rendijas y grietas lanzaba iracundos gritos de venganza y odio, y el frío, mudo y silencioso, se hacia intenso hasta convertir en témpano el aire que da vida.

—Tengo hambre...—murmuraron los labios de la anciana con voz desfallecida.

Paula no contestó, pero sus ojos tomaron un brillo extraño, una sacudida nerviosa conmovió su ser, y despreciando las iras de la tempestad que amenazadora rugía sobre su débil cabeza, cubrió su cuerpo con un viejo mantón y lanzóse á la calle...

La tempestad se desencadenaba con toda su furia, el agua caía á torrentes, convirtiendo las calles en verdaderos ríos, y las negras nubes arrancaban de su seno chorros de luz con su chisporroteo eléctrico.

Arrimándose á las paredes de las casas y calada hasta los huesos, avanzaba la pobre joven llevando sus cabellos en desorden y su carita amoratada por el frío; al llegar al portal de la capilla de la Virgen, no pudo más, y dejóse caer rendida sobre el dintel de la iglesia que ya estaba cerrada; sus débiles piernas se negaban á andar, un sueño dulce invadía todo su ser y le aletargaba por momentos, quiso gritar y no pudo, sus ojos se cerraron, sus labios murmuraron palabras incoherentes y un suspiro salió de su pecho y fué á perderse en las tenebrosidades de la noche...

El día amanece, Valencia despierta, el sol barre con sus rayos las pocas nubes que quedaron de la tormenta, y la gente que circula por la plaza de la Virgen mira con indiferencia á un montón de harapos situados en el hueco de la puerta de la capilla; un transeunte se dirige hacia el y le empuja, creyendo que aquella infeliz dormía, mas no se equivo-

Si t'ancuentro en cualquier parte,  
Dentro ú fuera de Rusafa,  
No puedes tú figurarte  
El tremolor que m'agafa.

¿Y aixó per qué, tros de cól? ¿en tant que saps que et vullc, y em tens por?—Pos ya que dius que em vols tant, tiram alguna coseta pera memoria.—Ahí tens eixe capollet: ¿estás content?—Poca cósa es, Visenta; molt chiqueta es, segons la mostra, la teua voluntat.—Pos chic, ahí eu tens tot; vecham si ara et queixarás. Y dient y fent, tóp, li encaixá en mich del cap el cosi *entero y verdadero*... La fortuna fon que portaba barret, que si aserta á anar sinse res al cap, s'enrecorda de la chanseta el bon Tofolet.

---

## VACHA UN ROSINET CORREDOR

Pos señor, el dichous pasat aná fora el portal de la Mar un comprador foraster buscant un *caballo para montar*, que dia éll; pero el volia *muy ligero*. En vá vore ú de bona estampa; preguntá el preu; li'l digueren; no li paregué car, y demaná que li'l deixaren probar per vore si tenia *buen paso*...—Próbel vosté, li digué el venedor, que era ú de Carcaixent, que yo li asegure que no quedará disgustat.—Pos señor, pucha en efecte á-caball, y mou capa el portal de la Mar al trotet; aplega al pont, y retorná, apretant un poc les cames, y posantse bent acomodat, li pega una varaeta, y mou un trot un poc mes llarc. Cuant s'acostaba á la ciudadela, li arrima un parell de varaetes, y el rosí arranca á escape tot lo que podia córrer capa el portal del Real; pasa el trinquet, chira p'el pont de Serrans, sempre corrent hasta que el perderen de vista. El amo del rosí dia molt satisfet: ¡que! ¡si aixó es una fiera! En calfantse un poquet, no hia diantres que'l puguen detindre... Molt calent es degué posar al paréixer en aquell acte, pues hasta l'hóra present no s'ha chelat encara, ni s'ha sabut mes del tal rosinet ni del comprador.

---

## CHARADA ÚLTIMA.

*Lector, ya que eres tau diestro*  
En asertar estes cóses...  
¿En quín punt del "Padre nuestro,"  
Hiá carabases mes groses?...

CATARROCHA DESCUBERTA.

“Padre nuestro... que estás en los cielos... santificado... sea el tu nombre... venga á nos... el tu reino... hágase... tu voluntad... así... EN LA TIERRA.. como en el cielo.”

SECCION CASTELLANA

LA REGADERA A LAS FLORES (1).

ó

LA INGRATITUD.

Apurar, flores, pretendo,  
Viéndome colgada aquí,  
Qué delito cometí  
Agua en vuestra faz vertiendo.  
Aunque, si os regué, ya entiendo  
Que merezco esos rigores;  
Pues lo mismo entre las flores,  
Que entre otras plantas del mundo,  
El delito sin segundo  
Consiste en hacer favores.  
Solo os pido la merced  
De saber si esta condena  
La sufro en parte de pena  
Por mitigar vuestra sed.  
¿Qué mal hice, responded,  
Practicando tal medida?  
¿No os dí con ella la vida?  
Pues si el vivir me debeis,  
¿Por qué aquí me suspendeis  
Cual si fuera un parricida?  
Brotó el misero clavel,  
Y apenas deja su cuna,  
Cuando con voz importuna  
Su amistad me ofrece infiel.

(1) Con permiso de su autor trasladamos aquí estos versos desde las paredes de un huerto de cierto pueblo de la ribera del Júcar, en las que se hallan escritos de bajo de una regadera colgada de un clavo.

Yo, que nunca fui cruel,  
Con su llanto enternecida,  
Doile la fresca bebida,  
Que le hace amable mi trato;  
¡Y al verme ahorcada el ingrato  
De libertarme se olvida!

La rosa, que cuando nace  
Tiene apenas lucimiento,  
Y el menor soplo de viento  
La aniquila y la deshace;  
Su vanidad satisface  
Y su ambicion de desmedida,  
Porque no hay vez que me pida  
Agua, que no se la dé;  
¡Y cuando ahorcado me vé,  
No se muestra conmovida!

Viene al mundo la azucena  
Entre zarzales y arbustos,  
Cercada toda de sustos  
Y de mil peligros llena:  
Busca en mi alivio á su pena,  
Y halla tan buena acogida,  
Que hasta el lirio, que la cuida,  
Se lo refiere al jazmin;  
¡Y nadie me libra en fin  
De esta prision maldecida!

Cuando tales pormenores  
Vuelven mi dolor mas bravo,  
Quisiera salir del clavo  
Para hacer trizas las flores:  
Pues no es estraño, señores,  
Que casi raye en delirio,  
Al pensar que mi martirio  
Miran con frente serena  
El jazmin y la azucena,  
La rosa, el clavel y el lirio.

---

Cuerno izquierdo de la luna á no sé cuántos ni de qué año.

*Señores redactores del SUECO*

Muy señores míos: Una de las leyes de los sansimonianos, y á mi

juicio no la mas discreta, era que todos los de la sociedad hubiesen de llevar delante del pecho un tarjeton con su nombre y apellido, ni mas ni menos que los apóstoles y las tribus en la procesion del Corpus. Esto que, como digo, no dejaria de ofrecer sus inconvenientes en nuestra cara patria, lo acabo de ver adoptado y establecido de un modo singular en este feliz pais, adonde llegué por casualidad en mis escursiones alrededor del globo.

Figúrense VV. cuál seria pues mi sorpresa, al entrarme de rondon por las calles de esta capital, y encontrarme con una multitud de gentes, lo mas ridicula y grotescamente pergeñadas y vestidas. Supuse que seria tiempo de Carnaval, y me prometí disfrutar momentos agradables. Pero lo que me chocaba en estremo, era la seriedad y mesura con que marchaban todos, y el poco rumor que metian aquellas comparsas. Me acerqué á un hombre de edad, que iba con un traje completamente blanco; peluca blanca, corbata blanca, chaleco blanco, levita blanca, pantalon blanco, zapato blanco; todo ello de una blancura deslumbradora. ¿Digame V? le pregunté. ¿Estas máscaras que aquí veo, son máscaras de real orden? Porque en verdad que se aviene mal la compostura que advierto, con el traje alegre y picaresco de la mayor parte de los habitantes de esta ciudad. Por lo demás, me parecen bien disfrazados, y mas difícil será conocerlos, que á ciertas máscaras de mi tierra, que duran todo el año.—Pues precisamente esas máscaras que dices, son las que nos dan á conocer á todo el mundo. Aquí no necesitamos llevar letrero con nuestro nombre. Cualquiera que me vea, sabe al punto el mio. ¿Cómo es eso? le dije admirado.—Muy necio eres, si no lo entiendes. ¿Cómo voy vestido?—Todo de blanco.—Pues blanco es mi nombre.—¡Ah! ya caigo. ¿Con que cada cual lleva su apellido á cuestras?—Sí.—Pero si no me engaño, me parece algo mas complicado que el tarjeton de San Simon ó San Judas, á quien parece tratan VV. de imitar.—Te equivocas. Aquí se sabe muy bien lo que cuesta el llevar un nombre, y por lo mismo cada cual ostenta el suyo. Por supuesto te advierto que aquí no reina preocupacion, y al mismo tiempo las costumbres son puras, es decir, que ningun nombre deshonra, sea lo que quiera, porque aquí ciertos nombres no tienen las necias alusiones que allá en vuestro pais se les dan; y á la conservacion del nombre se hacen sacrificios, de que allá no teneis idea. Con que pásalo bien, que tengo prisa.

Dicho esto, se separó de mí el Sr. Blanco; y orientado con tales datos, que puse á examinar curiosamente los objetos de aquella mascarada. Interminable seria apuntar siquiera los nombres de familias de aquellas buenas gentes; pero á fin de completar la descripcion, diré solo algunos, que la memoria me recuerda. A poco topé con un hombre todo cargado de calabazate, peras confitadas, cucuruchos de con-

cab  
que  
dad  
mur

ni  
ah  
he  
  
ni  
y  
la

ap  
en  
y  
te  
ico

N

A  
nues  
cibin  
dacto  
integ  
mos  
mitin  
de V  
no de  
razon  
telefo

da D  
de e  
no ir

E  
se ha  
natar  
de M  
recog

M  
maña  
á la s  
emba  
mas t

D  
este a

caba, su sueño era profundo, era el sueño del que no se despierta, era el sueño de la eternidad que la había llevado en brazos á otro mundo...

FERNANDO LLOPIS.

## SONETO

No temas que me indigne tu falsía,  
ni de tus frases la maldad me irrite,  
ahogando mi dolor porque no grite,  
he castigado tu traición impía.

Más humano que tú, más compasivo,  
ni á reprocharte tu maldad me atrevo  
y por el mundo entre mis brazos llevo,  
la procesión de su recuerdo vivo.

Bajo la losa de tu fe perjura  
apurando la hiel de mi amargura  
enterraré mi porvenir sin brillo,  
y destrozando mi amoroso pecho,  
te ofreceré mi corazón deshecho,  
como enorme rubí para tu anillo!

JUAN B. ALONSO.

## NOTICIAS

A las siete del sábado último y cuando nuestro periódico estaba ya confeccionado, recibimos el siguiente telefonema de nuestro redactor-corresponsal Sr. Beltrán; lo copiamos íntegro, para justificar la noticia que dimos en nuestro número anterior, respecto al mitin que la Juventud Liberal Democrática de Valencia había de dar en el Teatro Serrano de esta Ciudad, y cuyo acto se anuló por razones que nuestro redactor expone en su telefonema. Dice así:

«Sr. Director de EL SUECO, Sueca. Reunida Directiva Juventud Liberal y dado cuenta de enfermedad del Sr. Aguado, acordamos no ir.—Beltrán.»

En la estación telegráfica de esta Ciudad se halla detenido, por no encontrar á su destinatario, un telegrama procedente de Palma de Mallorca, dirigido á Manuel Lete. Puede recogerlo el interesado.

Mañana Domingo, á las nueve horas de la mañana, se procederá en el Teatro de la Paz á la subasta de las replazas («puestos») en los embalsamientos de arrozales para las próximas tiradas de aves acuáticas.

Dadas las circunstancias de no celebrarlas este año Cullera y Sollana y la extraordinaria

cantidad de patos que afluyen á nuestro término, es de esperar gran demanda de «puestos», cotizándolos esplendidamente, en favor de los intereses de esta población.

De la agrupación musical que con el título de «Santa Cecilia» funciona en esta Ciudad, se ha hecho cargo como director, el reputado maestro Sr. Castañer.

Nuestra enhorabuena.

Han visitado nuestra redacción *El Propagandista*, semanario independiente de Almería, *La Defensa*, periódico tradicionalista que se publica en Elche y *La Única*, órgano de los gremios de comestibles, de Madrid; se agradece la visita y establecemos con gusto el cambio.

A la salida del Sr. Gómez, hijo de esta localidad, para un teatro de la capital, ha seguido la de nuestro particular y querido amigo D. Ricardo Benedito Colomar, que pasa á Valencia contratado para actuar como tenor en el elegante coliseo de Apolo; haciendo su debut, al que asistirá nuestro paisano el inspirado maestro Serrano, siendo la primera obra de repertorio «Barbarroja», notable producción de D. Sinesio Delgado, con música del autor de «El Motete» y otras celebradas obras, que ha de ponerse en escena en uno de los días de la semana próxima.

El SUECO felicita cordialmente á D. Ricardo Benedito Colomar y le deseamos un brillante éxito, tanto en su debut como en las demás sucesivas producciones en que haya de tomar parte.

De paso para Alicante, adonde se dirigen de paseo militar, llegaron ayer á esta Ciudad cuatro baterías del 8.º montado de Artillería que guarnecen Valencia. Dos de ellas siguieron á Cullera, pernoctando aquí las dos restantes, continuando su marcha esta mañana. El material y ganado, bien cuidado y excelente, dan prueba de lo mucho que vale nuestro ejército.

Los jefes y oficiales han sido obsequiados con una fraternal comida en el Ayuntamiento.

También llegó ayer á caballo, el Capitán General de la tercera Región, Sr. Conde del Serrallo, quien, sin detenerse salió en el tren de las 16'30 con dirección á Valencia.

De lamentar es que llegara sin anunciarse, privando á esta leal población de testimoniar una vez más el respeto y cariño que otorga á la primera autoridad militar, cuyo prestigio y bizarría le hacen acreedor á los más grandes elogios.

**Espectáculos** \* **SASTRERÍA** \*

**TEATRO SERRANO.**—Mañana domingo a las 9 de la noche. Los Guapos, La cocina, Estuche de monerías y Las Bribonas.

DE  
**Echevarría y Martí**

**MERCADOS**

**ARROCES.**—Bomba, á 39 ptas. los 100 kilos; Pesetero, á 26 id.; Benloch, á 24 ídem; Amonquili, á 24 id.

**ALUBIAS.**—38 ptas. los 100 kilos.

**CACAHUET.**—26 ptas. los 50 kilos.



TRAJES Y ABRIGOS PARA CABALLERO Y SEÑORA Y TODA CLASE DE UNIFORMES

Chofréns, 6, pral. **VALENCIA**

**Farmacéutico de turno**

D. JUAN FERRANDO

**SECCION RELIGIOSA**

**DIETARIO**

- 20. Dom.—S. Juan Cancio, presb.
- 21. Lun.—Sta. Ursula y cmpls. vgs. y mrs.
- 22. Mar.—Sta. Córdula. vg.
- 23. Miér.—S. Pedro Pascual de Valencia.
- 24. Juev.—S. Rafael Arcángel.
- 25. Vier.—S. Frutos, cf.
- 26. Sáb.—S. Evaristo, papa y mr.

*Semana religiosa del 21 al 27 de Octubre.*

Lunes.—Funeral por José Martínez Serrano.

Martes.—Funeral por Josefa Velis Beltrán.

Miércoles.—Aniversario general por Antonio Viñoles Martí y aniversario general por Francisca de P. Burguera Arnandis,

Jueves, viernes, sábado y domingo.—Cuarenta horas á intención de los difuntos consortes D. Juan Bta. Ferrer y D.<sup>a</sup> Catalina Beltrán, con misa cantada, y por la tarde vísperas, sermón, trisagio y reserva.

**MOVIMIENTO DE POBLACIÓN**

**NACIMIENTOS**

Francisco Catalina Falcó, Teresa Vilache Beltrán, Isabel Ferri Viel, Salvador Ferrando Forquet, Ernesto Mariner Mortorell, Rosario Siméon Bellrán, Arturo Falcó Meseguer.

**DEFUNCIONES**

Juan Mafé Vendrell, 84 años; Antonio Alarce, Roig, 9 meses; Jose Viel Aguilar, 59; Vicente Mañez Climent, 82 años; José Camilleri Pérez, 55 años; María Cuña Canut, 63 años; Fernando Mortes Umeda, 16 años.

**MATRIMONIOS**

Andrés Iborra con Filomena Arroyo Gimeno.

**CONTADORES ELECTRICOS**

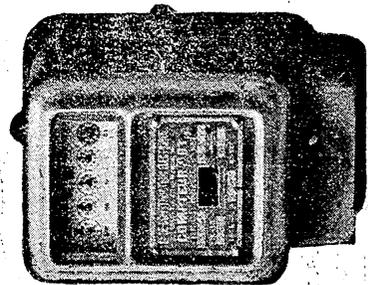
**SISTEMA B. T.**

3, 5 y 10 Amperes á 60 ptas. uno

**MIGUEL OLAYA**

S. Vicente, 95 \* \* \* Teléfono 785

**Gran depósito de lámparas OSRAM**



Imp. de Sueca de Máximo Juan

Días tristes, amargos, se sucedían; horas de intenso dolor se sucedían...

do á la pregunta: ¿Qué hay? que le respondió...

Días tristes, amargos, se sucedían; horas de intenso dolor se prolongaban...

Rosario?... Desengañada al recibir tan bruscamente la noticia de infidelidad que su novio cometiera, impúsose arrancar prontamente de su corazón aquel amor que con tanto mimo é ilusión había vivificado, creiendo invencible á la oposición de la familia. Antonio fué su primer, único querer y en él depositó toda su alma pura é inocente, ávida de felicidades eternas y dichas inmensas... Las interesadas amonestaciones de sus padres, sólo consiguieron aumentar ilusiones y agigantar ensueños. Pero ahora sí; ahora era ella quien voluntariamente y con abnegada resolución demandaba desterrar la imagen del hombre pue adoro...

...Y esa heroína voluntad no era bastante poderosa para volatizar la crecida pasión, ni para impedir que dolorosas lágrimas despidiéranse abundantes de los ojos que amor besaron... ¡Cuán numerosas perlas nítidas, vertiginosas resbalaban sobre el seráfico rostro de la niña arrullada en níveas sábanas, al evocar decires y recuerdos su alma!... Elocuciones de rezos y llantos, por consuelo, prodigaba.

Por fin se vieron. Fué el inmediato domingo y en la iglesia. El confiando en esa fortuna ya estaba desde el alba esperando entrar en el Templo. Entró de los primeros, cuando más obscura y fría estaba, colocándose tras la pilastra en que se apoyaba la pechina que contenía el agua bendita; allí había de aproximarse Rosario; la vería de cerca; la penumbra le favorecía.

Poco á poco la gente iba entrando; casi todos eran ancianos y viejecitas. La amada aun no venía. Impactante y anhelante la de Antonio fué.

Apareció el sacerdote celebrante, quien después de saludar al Santísimo Sacramento con reverenda genuflexión,

do á la pregunta: ¿Qué hay?, que la señora le había dirigidó. Dijo, le dispensaran, dejaran en olvido, las calaveradas de su juventud, las locuras de su temperamento que le habían acarreado el mantener aquellas relaciones ilícitas... Mintió.

Prometió, hacerse hombre de bien, dignificarse para merecer casarse con quien amaba, con quien le quería... Dijo, le entregaran la carta... Y mientras hablaba, mirando de soslayo á D. Antonio, le veía empequeñecerse, desmenzarse al comprender el agobio que él hacía culpándose así mismo ante tan severo juez, ante aquella señora de malignos ojos, rubicunda faz y estéril corazón, que le dejaba hablar y le dejaba decir escuchando con profunda atención... Y terminó, expresando con sentimiento lo que decía:—Ruégoles, me entreguen la carta, ó rásguela en mi presencia. Lo solicito para descanso de mi tranquilidad... lo pido, por favor, para que nunca pueda enterarse su hija de ello, su hija Rosario, á quien adoro con toda mi alma y por la que... *sería capaz de todo*. —Miró al padre... y calló.

D.<sup>a</sup> Encarnación rompió la pausa, con voz fresca y clara, diciendo:—¿V. cree que una madre puede consentir el casar á su hija con hombres, con caballeros como V. que aun teniendo novia no olvidan la vida... —¡Señora!...

D. Antonio inquietábase. Ella continuó:

—¿V. cree, que, la sutileza, el cariño de una madre, no tiene la intuición bastante para comprender que haría V. á mi hija infeliz?... Así lo he anunciado yo siempre. Y esta carta ha venido como descendida del cielo, de la divina Providencia. Dios ha salvado, por fortuna, á Rosario...

Intentó Antonio arrodillarse para sollozar la verdad... pero mantíovose estático esperando la defensa del padre. Continuaba hablando la señora:—...Se deshace V. en pro-

mesas de dejar á esas... señoritas. No lo creo, y la carta lo acusa así... Le leeré este párrafo...

Y sacando del bolsillo del rayado delante una carta, de delicado papel-tela, leyó:—«De este modo no solo podremos descansar de la vida agitada que aquí llevamos, sino que también deleitarnos con tus visitas y reanudar lo pasado, pues tengo muchas ganas de volver á tu lado y me tendrías dispuesta hasta vivir tus canas...» ¡Con qué ya V. vel! Hasta que sea V. viejo!

La seriedad de D. Antonio deshizo el intento de risa que del joven se apoderó al oír lo de las canas... Pronto pensó que estaba en peligro su amor y por él continuó la defensa:—Pero aunque esa... señorita quisiera, yo no quiero... Se lo prometo por la gloria de mi madre, señora. A su hija solamente quiero y juro cesar en los bullicios de la pasada vida... Rasgue la carta ó entreguemela, haga el favor.

D.ª Encarnación, con malicia, contrayendo el labio superior sobre la careta dentadura, contestó: Se la entregaré al momento, pero... antes quiero que sepa mi hija quien es su novio.—Y la llamó:—¡Rosario!... ¡Rosario!...

Lo que el novio temía, lo que auguraba... ¡Oh dolor del corazón!... En rabor de su semblante trasmitóse en lividez mortal, angustiosa... Solo tuvo valor para decir suplicante:—...¡D. Antonio!...—Y D. Antonio, no pudo contenerse, se levantó enfadado, colérico...

—¿Para qué llamarle?... ¿Por qué darle un disgusto?... ¿Para qué...

—¡Porque me dá la gana!

Le sepultó en la contestación. Ya se oían los pasos de Rosario que se acercaba y aun pudo decir:

—¿Tú quierés á las hijas?... ¡Ruin corazón!...—Y sentóse abrumado, desfallecido...

Bien agena á lo que le reclamaba su presencia, entró Ro-

14

sario en el aposento. Al ver á su novio sin sangre sus venas quedaron, sin movimiento su cuerpo: solo el corazón saltaba, brincaba... Saludó tímidamente:

—Buenos días...

Su madre, adelantándose, le entregó la carta:—Toma, entérate.

El joven aprisionaba con sus párpados la aflicción del alma, las torturas que le embargaban...

Rosario, trémula, recelosa, cogió la carta... Temblando leía... No pudo terminar... el brillo de sus ojos bañado en lágrimas se ocultó...

Affigida, resignada, blandamente sollozando retiróse...

Un heroe y solemne aje de mundo dolor dejó tras sí por toda la estancia... Aun se apercebían los apagados sollozos... y el padre, exaltado, exclamó:

—Oh! no, no tienes corazón!

—¿Quién yo—dijo la esposa.—Quien no tiene corazón es este joven!...

Días pasaron sin que pudiera ver Antonio á la amada. Rosario, el aliento de su vida, habíale desamparado ya.

¿Por qué?... Por querer favorecer al padre; por desear mantener el prestigio de una familia y evitar degradantes habladurías; por continuar incólume el alodial honor de la casa, notívose aquella situación, aquella pena hasta...

¡Y fué él quien valor tuvo para delatarse culpable frente á la madre, frente á la idolatrada... El, que al enamorrarse de los aterciopelados, enigmáticos y negros ojos se propuso desvanecer el eretismo de su pasada vida y edificar andanijas de honradez y probidad para merecer la dicha soñada... Ell... Había para desesperarse; ni al padre, por azar, pudo ver.

mesas de dejar á esas... señoritas. No lo creo, y la carta lo  
acusas así... Le leeré este párrafo...

Y sacando del bolsillo del rayado delantal una carta, de  
delicado papel-faja, leyó:— De cada uno de los...

sario en el aposento. Al ver á su novio sin sangre sus venas  
quedaron, sin movimiento su cuerpo; solo el corazón saltaba,  
brincaba... Saludo tímidamente:

A  
James M. Ferguson

10